

EL CENTENARIO DE LA ACADEMIA

ESTAMOS a punto de cumplir cien años. Cien años de vida continua, orgánica, de trabajo ininterrumpido y de frutos logrados. Cien años que marcan la madurez de una institución que, si bien pronto cumplirá un siglo de vida material, representa en nuestra historia muchos más años de lucha espiritual, de anhelos y de esperanzas, no siempre alcanzados.

Espíritu académico tuvieron los "ilustrados" mexicanos del siglo XVIII aunque no tuvieran academia. Una de las más precoces realidades del México Independiente, fue aquella Academia de Medicina de 1836, que nace después de algunos tímidos ensayos y cuyos fundadores: Liceaga, Carpio, Escobedo, Erazo, etc. son verdaderos héroes cuando se imponen a sí mismos la benemérita tarea de traer a México la nueva y verdadera medicina que florecía en Europa. Tuvo vida corta, no efímera para los difíciles tiempos en que le tocó desarrollarse, y su labor quedó plasmada en esos seis venerables volúmenes que, no obstante la agresiva "G" que ostentan en su portada, contienen el resultado de muchas horas de esfuerzo, insomnio, y angustia.

Más tarde hubo un segundo intento, también logrado, hasta que en 1864, en plena época de intervención francesa, se crea la "Comisión Científica, Literaria y Artística de México", en cuyo seno se originó la actual Academia de Medicina.

El siglo es una medida cronológica, pero no humana, hacen falta varias generaciones de hombres para poder cubrir en vida fructífera tan largo tiempo y a pesar de ello tenemos siempre la tendencia de referirnos al siglo como unidad histórica rigurosa e independiente. Los más notables historiadores médicos, por no salirnos de nuestro redil, han dividido sus grandes tratados en capítulos que abarcan cada siglo de manera independiente. Así lo hizo Garrison, y lo repitió Castiglione. Continuamente nos referimos a la cultura de un determinado siglo o a los descubrimientos de otro como si los años que abarcan el siglo marcaran el empuje y fin de un recinto cerrado y rígido que al cambiar de fecha cambiara también de contenido.

Nada más inexacto. Dentro de un mismo siglo la humanidad puede pasar por las más heterogéneas situaciones. Si, por ejemplo, elegimos para demostrarlo

el siglo XVIII, que tanto interés tiene para la cultura española y de México, y lo consideramos como una unidad, encontraremos incongruencias enormes. En él agoniza y muere el reinado de los Austria, dejando el país y lo que eran sus colonias en estado desdichado y paralítico. Se producen los reinados prósperos y universales de Fernando VI y Carlos III, autores de realizaciones permanentes y empresas rectoras para el país y sus territorios dependientes, y viene a terminar en la gravísima y definitiva crisis que en las manos ineptas de Carlos IV y del príncipe de la Paz acaba con los últimos restos de un imperio que era casi universal tres siglos antes.

Viene esto a cuento porque tenemos que celebrar nuestro centenario, recordarlo, sentirnos orgullosos de alcanzar una meta poco frecuente en las sociedades científicas, sobre todo en las de habla española, y al mismo tiempo sentarnos a reflexionar sobre la labor cumplida y sobre la que deberemos emprender todavía. Si esta reflexión la hacemos sinceramente, valorando aciertos y errores, —que de todo hay en la vida del señor—, ponderando las circunstancias que en cada momento condicionaron el hecho o la acción, tendremos una visión real y de conjunto de lo que ha sido la vida de nuestra Academia en sus primeros cien años de existencia. Cien años que, volviendo a lo dicho más arriba, no tienen más unidad que el haber transcurrido dentro del territorio mexicano. Que se inician bajo influencias extrañas e impuestas, que al liberarse del invasor necesitan importar un sistema filosófico que norme su vida científica; que pasan por un letargo de “paz porfiriana” para desgarrarse más tarde en cruenta e ineludible revolución, pasada la cual es necesario volver a encontrarse, a sentirse seguros con una nueva fe antes de reiniciar el trabajo.

La Academia de Medicina consiguió mantenerse a flote en medio de tan agitadas circunstancias, logró en todos los momentos que hombres de las más opuestas tendencias e ideologías dejaran a un lado sus diferencias para colaborar en la causa común del progreso médico de México, y aunque no pretendo recordar en este momento la trayectoria científica de nuestra Academia, su importancia en el desarrollo médico del país, ni el enorme acervo documental que encierran los noventa y dos tomos de su publicación periódica, donde está contenido todo el movimiento médico de México durante sus últimos cien años (todo esto ya está hecho por plumas más autorizadas que la mía y por investigadores más tenaces y documentados), sí creo llegado el momento de hacer un primer llamado a todos los que formamos esa gran familia académica para que cada uno y todos en conjunto, pensemos la manera más digna, más solemne y al mismo tiempo más sobria y elevada de festejar esta fecha que por ley inexorable del destino nos corresponde a nosotros conmemorar. Pero hagámoslo de manera tal que honremos a nuestros antecesores, fijemos nuestra actual posición y dejemos marcado el camino para aquellos que habrán de seguirnos.

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS